

HAN, B.-Ch., *La sociedad de la transparencia*, Barcelona, Herder, 2013, 95 pp.

Dice el refranero que “lo bueno si breve, dos veces bueno”. Este breve escrito, que no llega ni a la centena de páginas, tiene mucho de bueno, lo que demuestra que las cosas se pueden decir con suficiente claridad sin necesidad de prolijidad adyacente.

Original de 2012, es este el segundo título que la editorial barcelonesa Herder publica de Han, pensador alemán de raíces coreanas. En esta ocasión se trata de un conjunto de nueve pequeños capítulos que giran en torno a la idea que da nombre al libro: la transparencia. Sus páginas son una suerte de amalgama entre sociología, antropología, crítica de la cultura y filosofía, que ponen su mira en desmenuzar las consecuencias sociales de la *transparencia*, que en palabras de Han, significa el advenimiento del “*infierno de lo igual*” (p. 12).

Cada uno de los sucesivos capítulos busca subrayar un aspecto de este artefacto de la vida que es la sociedad de la transparencia, donde no hay suelo posible para que broten las experiencias genuinas de la existencia. El abismo propio de cada uno, el juego, la seducción, la poesía..., hincan la rodilla ante la tiranía de lo íntimo (que homogeneiza las psicologías homologando el narcisismo como el único reducto de la experiencia propia), lo pornográfico (que expone el cuerpo), el control (que hipoteca el intercambio lúdico del teatro), la revelación excesiva (que menoscaba el secreto y la distancia del amor) y la información (que impide dar rienda suelta a la narración y expulsa la lírica, como hiciera Platón, y todo lo controla).

Las resonancias de la posmodernidad, y su crítica, y la deconstrucción son evidentes. El mismo Han cita en más de una ocasión a Heidegger o Sennett, por mencionar un par de ellos. El texto no tiene ciertamente ningún carácter programático pero tampoco es neutro. Precisamente trata de criticar esta aparente “neutralidad” insulsa de la sociedad de la transparencia, lo que hace pensar que la finalidad crítica de la obra parte ciertamente de algún punto y quiere llegar a otro. La lapidaria cita de Peter Handke que abre la obra es toda una declaración de intenciones: “*vivo de aquello que los otros no saben de mí*”.

Se apunta así a una especie de fenomenología de la vida fáctica y la necesidad de dejar que los poros impenetrables de la vida permanezcan tal y como son, para que, desde la necesidad de la distancia de su ser, puedan ser expresados. En efecto, el libro incluye un capítulo muy sugerente, quizás el más preñado de cuestiones de alcance existencial y de posiciones hermenéuticas fundantes, que apunta justamente a una fenomenología de la distancia como elemento decisivo para enfocar las posibilidades de la experiencia vital. Y no por capricho intelectual, sino porque la propia idiosincrasia de la voluntad humana así lo establece. El placer, por ejemplo, se nutre del secreto, del velo y del encubrimiento, subraya. La distancia forma parte ineludible del aspecto volitivo fundamental, la eroticidad, de modo que toda reducción de la alteridad a simple homogeneidad es la convocatoria más directa a su erradicación. “*La transparencia, o univocidad, serían el final del Eros*” (p. 36).

La sociedad de la transparencia lleva a cabo el anhelo de reducir la complejidad a lo uno, llevándose por delante la vida misma. Y es que, y en eso reside la clave, los juegos del vivir son lo que son, y si son un problema, lo son para nosotros. El entendimiento, como dice Han, trabaja con ideas claras; no juega.

Paradigmático es el caso de la experiencia religiosa o del dominio de la “santidad”. Acostumbrados a una excesiva domesticación y manipulación artificial de las experiencias

de trascendencia (en el sentido jaspersiano), la retirada, o mejor, la ausencia de lo “santo” es un síntoma de salud sapiencial. Han lo dice de otro modo pero con el mismo nervio: “*lo santo no es transparente*” (p. 38), lo que significa que su gramática es la del secreto, el juego, la narración, la distancia.

El conocimiento de primera mano que tiene Han (nacido en Seúl) de la filosofía zen es un elemento clave para poder comprender el tenor fundamental de sus posiciones. Siendo autor de una breve obra sobre el budismo zen que goza todavía hoy de buena recepción (*Philosophie des Zen-Buddhismus*, Reclam Verlag, 2002), sus páginas rezuman algo de ello. No es de extrañar que al poco de iniciar la obra Han sostenga, como *leitmotiv* centrífugo, que tanto el pensamiento como la inspiración requieren de un vacío (p. 17). Incluso la manera con que desglosa los temas remiten vagamente a la modalidad “koan”, una fórmula por la cual el maestro interpela a su discípulo con una breve fórmula que rompe el esquema de lógica. Las páginas que Han nos ofrece son un seguido de breves locuciones que no siempre siguen un orden discursivo progresivo, haciendo que la obra sea de lectura ágil, directa y llena de pequeños meandros que cabe explorar una y otra vez. Lo sencillo no es, ni mucho menos, simple. Más bien lo contrario.

Lo que sí cabría pedirle a Han es que clarificara si entiende por vacío lo mismo que la tradición de la escuela de Kyoto entiende por “sunyata” o si remite a una concepción más occidental y post-deconstructivista (en un sentido cercano al de Lipovetsky). Quizás no haya, a la postre, tanta diferencia entre una y otra, porque en ambas hay una cierta redención de la vida en su libertad y la preservación de su no-espacialidad conceptual. Pero sí que lo hay en el camino de acceso a su afirmación, y eso es importante.

En lo que atañe a la tradición occidental, la obra tiene una constante reminiscencia heideggeriana, deconstructivista y post-ilustrada. La crítica al meta-relato (Lyotard) o la deconstrucción de lo uniforme y la recuperación de lo marginal (Derrida) tienen su eco, inconfundible, en la pluma de Han. Hay incluso una cierta crítica a Platón y su anhelo de transparencia veraz, que destierra al poeta de la ciudad ideal (pp. 74-75), algo que vendría a ser una versión de la enmienda a la totalidad que Adorno hace a la tiranía logizadora de occidente, ya presente en la literatura homérica. Hay, sin lugar a duda, una indudable contextualización post-moderna del discurso que recoge las aporías más incipientes de la crítica post-ilustrada a la Ilustración, lo que encuadra el texto en la crítica actual de lo moderno. Así por ejemplo, si Weber dijera entonces que lo propio de la cultura era el desencantamiento del mundo, ahora Han afirma que la sociedad de la transparencia elimina todos los rituales y ceremonias porque la obliga a detenerse en su voraz producción de información y consumo de comunicación (p. 60), algo que no le interesa. Ambas denuncias serían pues dos episodios de lo mismo, de una cierta deriva paranoide de la existencia humana en su voluntad de dominio de la vida.

Pero es precisamente en este punto que el libro de Han se nos queda corto. Como decimos, su crítica proviene de alguna parte y se quiere dirigir a alguna otra. Así como la posmodernidad no se entiende si no como un proceso de auto-censura donde aquellos ideales propios de la Ilustración son rebajados y hasta aniquilados por dar pie justamente a su contrario (la tiranía del *logos*, como diría Adorno), ¿qué pretende Han con estas críticas? ¿A qué autenticidad previa remite? ¿Qué tradición vindica? La obra es fascinante para su lectura por su agilidad y su ritmo, lacónico y preciso, pero que deja la puerta abierta (casi como un

imperativo) al esclarecimiento de un terreno fundamental. Se dirá que es el secreto y la consecuente actitud de silencio (a la wittgensteniana) la mejor manera para prestarse a entrar en él, pero el mismo ejemplo de Han muestra que da mucho que pensar y que hablar. Y, en todo caso, los peligros de una malinterpretación mesiánica son siempre latentes. Cualquiera se puede apropiarse de aquello de lo que no se puede hablar.

La vida es irreductible, y el vivir es insustituible. Y ahí está el “*quid*” de la cuestión. ¿Y cómo poder comunicarse -porque es esta también una parte del vivir- sin traicionar lo propio del vivir, de cada vivir? En una sociedad demasiado acostumbrada a la anestesia de la (des)información excesiva, de la banalidad, de la prostitución de la libertad y de la manufactura irresponsable de la existencia, obras como las de Han constituyen un sutil y atinado punto de partida para una reconsideración del mero, pero tan complejo, hecho de vivir. Nada más romántico que esto, sin duda. Pero nada más apremiante, también: hay que decir lo que se tiene que decir; ni más ni menos. Lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Miquel SEGURÓ
mseguro@rektorat.url.edu

CASTRO, E. *Diccionario Foucault. Temas, conceptos y autores*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Madrid, 432 pp.

Esta obra constituye la nueva versión, sumamente mejorada y actualizada, de un trabajo anterior del mismo autor, titulado *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores* (Buenos Aires, Prometeo/ Universidad Nacional de Quilmes, 2004). Reconocido especialista en la filosofía francesa e italiana contemporánea, traductor de Agamben y autor de una reciente y recomendable historia conceptual de la biopolítica, Edgardo Castro era la persona idónea para realizar un esfuerzo de esta envergadura. Los diccionarios y vocabularios completos acerca de los grandes clásicos de la historia del pensamiento, conforman un instrumento sumamente útil para el investigador. Este puede detectar, con una rápida lectura, las variantes y las transformaciones de un concepto relevante, así como el *corpus* textual donde se recogen. Si el diccionario incluye además, como es el caso en este trabajo, entradas relativas a los principales autores citados por el clásico en cuestión, se facilita extraordinariamente la tarea de reconstruir las redes intelectuales en las que se emplazaba su obra, así como el modo en que esta se nutre de una tradición anterior.

La publicación de un diccionario acerca de la obra foucaultiana es un indicio de la consagración académica del pensador francés, que quedaría así entronizado en el canon de los clásicos de la filosofía. Sin embargo sería un error confinar el nuevo libro de Edgardo Castro en estas funciones de auxiliar para los fines de la exégesis universitaria. Como se indica en el Prefacio, Foucault quería lectores que fuesen primordialmente usuarios, esto es, no dedicados a descifrar sin término los entresijos de su herencia sino a utilizarla (la célebre “caja de herramientas”) con objeto de analizar y transformar el presente.

Este libro ayuda muchísimo a facilitar semejante tarea. Ofrece una amplísima selección (casi trescientas voces) de los principales autores, tendencias y nociones movilizadas en la totalidad del *corpus* foucaultiano actualmente disponible. La versión que se comenta ha